

PATRICK NESS

Libre

Traducción de **Luis Murillo Fort**

NUBE **DE TINTA**

1

EL YUGO

Penguin Random House Grupo Editorial

Tendría que ser Adam quien fuera por las flores.

Su madre dijo que estaba demasiado ocupada y que las necesitaba para esa misma mañana, por no decir para ya mismo, si es que quería evitar que el día fuera un completo desastre; y luego, que Adam acudiera a la pequeña reunión de esa noche con sus amigos podía o no depender de su disposición para —o éxito en— ir por las flores y hacerlo sin protestar.

Adam alegó —y bastante bien, a su juicio, sin enojarse demasiado— que quien había pisado las flores anteriores era su hermano mayor Marty; que él, Adam, también tenía mucho que hacer aquel día; y que los nuevos crisantemos para el camino principal no eran una prioridad lógica a la hora de asistir a una reunión para la cual había tenido que trabajar hasta el cansancio (nada, jamás, era gratis con sus padres), partiendo toda la leña para el invierno cuando todavía estaban en agosto. Su madre, sin embargo, fiel a su estilo, lo había convertido en un decreto: o iba por las flores, o esa noche no salía, y menos aún estando tan reciente la muerte de aquella chica.

«Tú eliges», dijo su madre, sin mirarlo siquiera.

Es el Yugo y nada más, pensó Adam mientras se sentaba al volante de su coche. Y el Yugo no siempre está. Pese a ello, tuvo que respirar hondo varias veces antes de arrancar.

Al menos era temprano. Quedaba por delante todo un sábado de finales de verano, horas que llenar, horas que él ya había llenado con un programa de cosas (era de a los que les gustan programar): tenía que ir a correr un poco; tenía que ir a hacer inventario al Evil International Mega-Conglomerate, y eso le llevaría varias horas; tenía que ayudar a su padre en la iglesia; tenía que pasar por donde trabajaba Angela para asegurarse de que reservara unas pizzas para la fiesta.

«Hola». El celular vibraba en su regazo.

Adam sonrió levemente. Sí, eso también tocaba hoy.

«Hola», tecleó. «¿Quieres comprar flores?»

«¿Estás hablándome en clave?»

Sonrió otra vez y se echó de reversa para salir a la calle. Bien, fuera la rabia, porque ¡un grandioso día me espera! ¡Diversión asegurada! ¡Risas en cantidad! ¡Copas y comida y amigos y sexo! ¡Y qué puñalada al corazón, porque era una fiesta de despedida! Alguien se marchaba. Adam no estaba seguro de querer que ese alguien se fuera.

Vaya día...

«¿A qué hora pasarás?», preguntó su teléfono.

«¿Qué tal a las 2?», tecleó él aprovechando un alto.

La respuesta fue un emoji con el pulgar alzado.

Adam dejó atrás su arbolado vecindario para incorporarse a la arbolada carretera que iba a la ciudad. De hecho, todo cuanto había en unos ochenta kilómetros a la redonda era «arbolado»; ésa era la apabullante característica de la localidad de

Frome, por no decir la apabullante característica del estado de Washington. Era un hecho probado que, de tanto ver el mismo panorama, el panorama se volvía invisible.

Adam pensó en las dos de la tarde. Para entonces le esperaba una buena dosis de felicidad. De felicidad secreta.

Sí, pero esa punzada en el estómago...

Eh, basta. No, le hacía mucha ilusión. Con seguridad. Sí, señor. De hecho, ahora que lo pensaba...

De hecho, sí, justo eso.

Otro alto. «La sangre está fluyendo hacia ciertos lugares», tecleó en el celular. «Haciendo crecer ciertas cosas.»

Respuesta: dos emojis con el pulgar alzado.

Observemos a Adam Thorn, ahora que se incorpora a la otra carretera —arbolada, cómo no—, la que lleva al vivero de plantas, esa que incluso siendo sábado y temprano ya va bastante cargada. Adam Thorn, nacido hace casi dieciocho años en el hospital que está a unos quince kilómetros siguiendo esa misma carretera. Lo más lejos que ha estado de aquí fue cuando hicieron la aburrida excursión familiar al monte Rushmore. Ni siquiera pudo ir en viaje misionero a Uruguay con su padre, su madre y Marty cuando él, Adam, estaba en sexto grado. Al regreso, su padre se inventó que aquello había sido una pesadilla de barro y de nativos reacios a la evangelización, pero Adam —a quien habían condenado por ser demasiado pequeño, a tres semanas de cenas a las 4:30 de la tarde con el abuelo John y la abuela Pat— no pudo evitar intuir que le estaban tomando el pelo.

Doce meses más, pensó, y adiós Yugo. El último grado de preparatoria empezaba dentro de una semana.

Y después: el cielo.

Y es que Adam Thorn quiere largarse. Adam Thorn ansía tanto irse que hasta le duele la panza y siente una especie de vértigo. A Adam Thorn le gustaría despedirse en compañía de la persona que se va a despedir cuando acabe la fiesta de despedida.

Bueno, ya se verá.

Adam Thorn. Rubio claro, alto, corpulento de una manera que podría ser atractiva, pero que sólo ahora empieza a encajar en la gravedad. Con calificaciones excelentes, está peleando por elegir universidad; mejor dicho, por entrar en una universidad, la que sea, pues los problemas económicos que se supone que van quedando atrás no van quedando atrás, lo que vuelve aún más insensata la compra de crisantemos, pues «la casa de un predicador debe tener cierto aspecto», pero él se fijó una meta: largarse de Frome (Washington) lo antes posible.

Adam Thorn, guardián de secretos.

En el momento en que entraba en el vivero, le sonó el teléfono.

—Hoy todo el mundo se levantó temprano —contestó mientras se estacionaba.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que yo no soy todo el mundo? —refunfuó Angela.

—Todo el mundo es todo el mundo. Si se dice así, es por algo.

—Si se dice así es porque ellos se pasan el tiempo haciendo cosas estúpidas mientras nosotros (que no somos todo el mundo) nos reímos de ellos y así nos sentimos superiores.

—¿Por qué estás levantada?

—Las gallinas. Por qué va a ser.

—Claro. Las gallinas son la causa de todo; cualquier día mandarán ellas.

—Ya mandan. ¿Y tú por qué estás levantado?

—Hay que sustituir unas flores del jardín de la penitencia de mi santa madre.

—Vas a necesitar terapia, Adam.

—Mis padres no creen en eso. Si no se arregla rezando, entonces no se trata de un verdadero problema.

—Me sorprende que tus padres te dejen salir esta noche. Sobre todo con lo de Katherine van Leuwen.

Katherine van Leuwen era la chica a la que habían asesinado, aunque pareciera imposible con un nombre tan contundente. Iba un año por delante de Adam en la misma preparatoria, pero él no había llegado a conocerla. Y sí, *ok*, de acuerdo, la habían asesinado en el mismo lago donde iban a hacer la reunión (si Adam hubiera empleado la palabra «fiesta» al hablar con sus padres, la conversación no habría pasado de allí), pero al asesino, el novio de la chica, que era mucho mayor, lo habían detenido, había confesado el crimen y estaba esperando sentencia. Katherine siempre andaba con los yonquis, y la sangre de su novio llevaba metanfetamina en cantidad cuando la mató en pleno delirio sobre unas cabras —nada menos—, según declaró después un testigo que también se había metido lo mismo. Angela, la mejor amiga de Adam, se ponía como una fiera a la menor insinuación de que Katherine se lo había buscado.

«¡No tienes idea! —le gritaba casi a cualquiera—. No tienes idea de qué vida llevaba, tú no sabes lo que es la adicción. No tienes idea de lo que les pasa a los otros por la cabeza.»

Lo cual era verdad, y menos mal, sobre todo en el caso de los padres de Adam.

—Creen que es una, comillas, reunión con tres o cuatro amigos míos para despedirnos de Enzo —dijo Adam.

—La frase se atiene a los hechos, sí.

—Y al mismo tiempo omite unos cuantos...

—También es verdad. ¿Para cuándo las pizzas? Porque pizzas.

—Tengo un pendiente, después trabajo, luego quedé a las dos con Linus y debo ayudar a mi padre a preparar la iglesia para mañana.

—Conque acostón con Linus y después iglesia con papá, ¿eh? Qué pervertido.

—Yo había pensado a las siete. Desde allí podemos ir directo a la fiesta.

—Reunión.

—Reunirse, se reunirá más de uno, sí.

—Ok, a las siete. Necesito hablar contigo.

—¿De qué?

—De cosas, tu, tranquilo. Y ahora, las gallinas. ¿Por qué? Porque sí.

La familia de Angela tenía una granja. Angela juraba que a ella la habían adoptado en Corea porque les salía más barato que contratar a un peón para los animales. Cosa que no era cierta, y lo sabía; los señores Darlington eran asquerosamente decentes, siempre trataban bien a Adam y le ofrecían un sitio seguro donde refugiarse de aquellos padres que tenía, aunque ellos eran demasiado buenas personas para decir algo así en voz alta.

—¿Cuándo me dejarás en paz, Adam? —preguntó Angela, recurriendo a la frase con que solían despedirse.

—Nunca. Mientras exista el mundo.

—Bueno, pues ni modo —Angela colgó.

Él bajó del coche. Hacía sol. Eran poco más de las ocho y el estacionamiento estaba casi lleno. Se detuvo un momento bajo el cielo, que por una vez no cubrían los árboles: cielo abierto. Cerró los ojos y notó el sol en los párpados.

Respiró hondo.

Lo del Yugo ni siquiera se lo había inventado él. Era una cosa bíblica. De su padre. Big Brian Thorn. Ex jugador profesional de fútbol americano —tres temporadas en los Halcones Marinos como ala cerrada antes de tener una operación en el hombro— y desde hacía años predicador en jefe de La Casa en la Roca, la segunda iglesia evangelista de Frome. «Mientras continúes viviendo bajo mi techo», le había sentenciado su padre casi nariz contra nariz, «estás bajo mi Yugo». Aquella vez le decomisaron el coche un mes entero. Por llegar diez minutos más tarde del toque de queda.

Respiró hondo de nuevo y entró a comprar los crisantemos.

JD McLaren era el encargado de la sección de flores. Habían estudiado juntos literatura universal y química.

—Hola, Adam —saludó JD, con su habitual simpatía de obeso.

—Qué hay, JD —dijo Adam—. Ni siquiera sabía que abrían tan temprano.

—Se dieron cuenta de que a las cinco de la mañana siempre había una larga cola de coches en el Starbucks y pensaron que estaban perdiendo una oportunidad de hacer negocio.

—No están equivocados. Necesito crisantemos.

—¿Bulbos? Ahora es mala época para plantarlos.

—No, las flores. Mi hermano se cargó las que había junto al camino principal de la casa. A mi madre le dio un ataque.

—¡Dios mío!

—No, no un ataque de verdad, hombre.

—Ah. Menos mal.

—Pero tengo que llevárselas o no me dejarán salir.

—¿Te refieres a lo de esta noche?

—Sí. ¿Tú vas?

—Claro. Me dijeron que habrá cerveza de barril, porque los padres de Enzo son europeos y no les importa que bebamos.

—Angela y yo llevaremos pizzas de su trabajo.

—Qué mejor. ¿Los crisantemos deben ser de un color en especial?

—Es probable, pero como mi madre no especificó, si no son los que quiere podré comprarla a ella.

—Te buscaré los más chillones.

—Ok. Y quizá.

JD se detuvo. Adam no se atrevió a mirarlo.

—¿Quizá que no sean los más caros...? —dijo.

—No te preocupes, Adam —repuso JD, muy serio, y fue hacia el enorme recinto lleno de *pallets* con flores. Todas tenían su tierra para plantarlas directamente en el jardín, pero el centro disponía también de una cámara frigorífica con flores cortadas, para ramos.

Adam se encaminó hacia ahí mientras tarareaba distraídamente una canción, pensando en las cosas que tenía que hacer.

Había una rosa roja, solitaria, en su pequeña cubeta de plástico. Alargó el brazo, aunque su consciencia no registró

el movimiento hasta que tuvo la rosa en las manos. Una rosa roja. ¿Y si la compraba? ¿Estaría bien? ¿Lo hacían, los chicos? Si era para regalar a una chica, sí, claro, pero era para...

No tenía normas a este respecto. En general era una ventaja, porque significaba que no había que obedecer ninguna, ni siquiera con Linus, pero algunas veces le habría sido útil contar con una guía, con precedentes bien establecidos. ¿Podía comprar él una rosa? ¿Y regalarla? ¿Cómo se lo tomaría Linus? ¿El resto del mundo sabía la respuesta excepto él, Adam?

Suponiendo que se la regalara a Linus, claro.

Aplicó el pulpejo del pulgar derecho a una de las espinas de la rosa (éste, junto con «corona de», era uno de los dos dizque chistes que la gente hacía a expensas de su apellido,¹ sin provocar más risas que las del propio chistoso) y apretó despacio pero con firmeza. La espina le atravesó la piel y, en la prontitud de la gota de sangre que brotaba, Adam vio...

1. Por si el lector no lo ha adivinado ya, *thorn* significa «espina». (N. del T.)

...todo un mundo, fugaz como un jadeo, de árboles y verdor, de agua y montes, de una figura que lo seguía en la oscuridad, de errores cometidos, de pérdida, de pesar...

Penguin Random House Grupo Editorial

Adam parpadeó, llevándose a los labios el pulgar ensangrentado. Se había esfumado. Como un sueño. Como vapor. Dejando atrás tan sólo una sensación de desasosiego y el sabor acre de la sangre en la lengua.

Cuando volvió JD, Adam compró la rosa. Sólo costaba dos dolarucos.

De repente la despierta el olor a sangre, a rosas, como si una espina se hubiera clavado en su corazón. Está empapada. ¿Acaso caminó desde la orilla? ¿Acaso acaba de salir del agua?

No lo sabe. Hubo nervios, hubo prisas, hubo liberación...

Y luego un piquete también, como de esa espina clavada, y una gota de sangre con forma de perla...

Se incorpora y el agua le chorrea igual que si acabara de atravesar una cascada, pero la playa está seca, como todas las playas, y el barro bajo sus pies es húmedo pero firme. Pasa la mano por encima como si estuviera hechizada, y tal vez lo esté. Es áspero al tacto. Pellizca un poco con las yemas del pulgar y el índice, se lo lleva a la nariz, y aspira. Aroma intenso, a materia vegetal, como huele la tierra, pero no el origen del olor a sangre.

Claro que, ¿por qué iba a serlo?, piensa de repente. Está rodeada de rosales silvestres; eso lo sabe, no sabe cómo, pero lo sabe. Está rodeada de espinas...

Y el rastro olfativo se va perdiendo, como una voz oída antes de despertar.

Se pone de pie, goteando todavía en el charco recién formado a sus pies. Este vestido es mío, piensa. Este vestido no es mío, pien-

sa. Una contradicción verdadera. Estampado floral, tela fina, de buen gusto, un vestido para una mujer joven, pero, o bien irónicamente retro, o bien sin duda de otra época.

¿Yo uso vestidos?, piensa.

Sí. No.

El vestido tiene bolsillos, lo que en apariencia lo distinguiría como muy pasado de moda, pero están abombados, dilatados, pesan. Mete las manos para ver por qué y encuentra grandes ladrillos, lo bastante densos para hundirla.

Para ahogarla.

Los mira durante un siglo.

Deja caer los ladrillos. Tanto uno como otro rebotan una vez en el barro.

—La muerte no es el fin —dice en voz alta.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué se supone que significa eso? Se lleva una mano a la boca como para impedir que hable otra vez, que se le escapen palabras.

Una canción. Es una canción. Nota en el diafragma cómo la canción se tararea sola, la melodía va brotando, una letra que ella conoce. Una canción para funerales, cementerios. O quizá compuesta para que lo parezca, hecha tal vez con la misma ironía que tejió el vestido que lleva.

El sol que se filtra entre los árboles le hace cerrar los ojos. Ve las venas y los capilares de detrás de sus párpados, rojos como el asesinato.

Respira hondo.

Y entonces vomita más agua de la que podría haber en su estómago. Es sólo agua, no bilis ni comida, agua transparente que brota de su boca como una catarata. El ímpetu es tal que se

ve obligada a arrodillarse, hasta que el charco que tiene debajo se desborda y abre un canal en dirección al lago.

Ya no le queda agua dentro. Jadea, se sobrepone. Y cuando se vuelve a levantar, su pelo y su piel y su vestido están secos, sin rastro de humedad.

Respira hondo otra vez.

—Te encontraré —dice. Y, descalza, echa a andar.

Detrás de los rosales, el fauno la ve alejarse. Al cabo de un momento empieza a seguirla, preocupado.

Penguin Random House Grupo Editorial